

Un paseo con los fantasmas de Madrid

Todos los jueves y sábados a las siete, hora peninsular, las calles de Madrid se tornan más oscuras y misteriosas. La Plaza de las Cortes se convierte en el punto de partida de un tour plagado de leyendas y hechos reales protagonizados por fantasmas y cadáveres.

El sábado 12 de noviembre, una vez más, la guía de Cuéntame Madrid esperaba a los asistentes del Tour de los Fantasmas de Madrid con su gabardina amarilla y su bolso bordado con el gato característico de la compañía. Esta tarde lluviosa, la Estatua de Cervantes aguardó a 16 personas de todas las edades, desde los 11 años hasta los 80, que a pesar de la lluvia intermitente se presentaron puntuales con sus chubasqueros y sus paraguas. En esta ocasión la guía fue Carmen, una chica dicharachera que, antes de comenzar el Tour, habló con todos los participantes y les explicó las reglas del trayecto. Antes de emprender el camino, se aseguró de que todos estuvieran informados del precio del Tour, una cuantía no estipulada que depende de la generosidad de los asistentes, una de las claves que mantiene con vida los Free Tours.



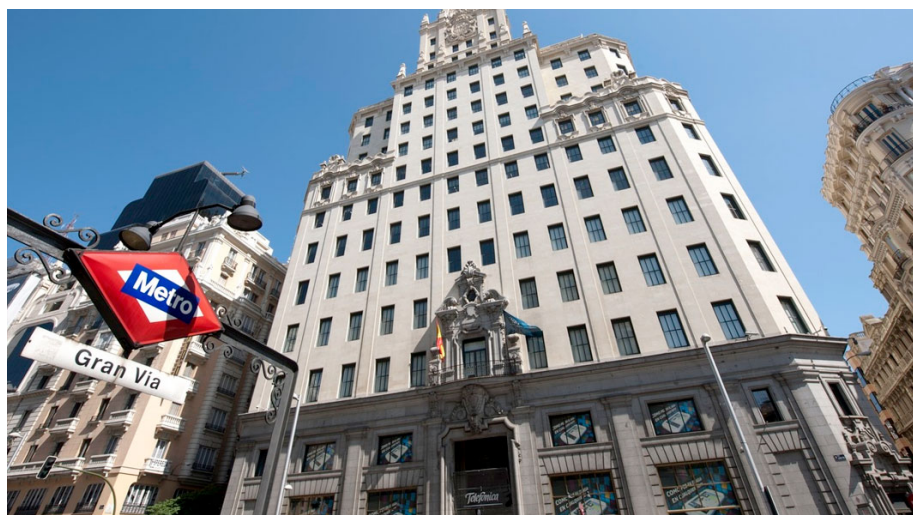
El relato comenzó exponiendo a las brujas. El concepto de bruja ha ido cambiando con el tiempo, cogiendo connotaciones y atributos que no tenían en su origen. Las verdaderas brujas eran llamadas así por su capacidad de engañar a la gente. Eran timadoras. Su principal labor era hacer mejunjes o pócimas y venderlas como medicinas curativas. La guía hizo una comparación con lo que sería lo más parecido a una bruja en la actualidad, “esas señoras que salen en la televisión de madrugada leyendo el futuro a las personas que llaman”. Las brujas pusieron de moda brebajes con todo tipo de aditivos, por ejemplo, el polvo de momia. De este “descubrimiento” salió el color marrón momia que sirvió de ayuda a Goya para pintar algunos de sus cuadros como el *Fusilamiento del 2 de Mayo*. El color no solo se llama así, sino que también está hecho de momia. La casa de una de las brujas más famosas de la historia, María la “agorera”, la encontramos en nuestra próxima parada, la Plaza de Santa Ana. En el camino, las niñas de la excursión comenzaron a hacerse notar y a preguntar muchas cosas, algo que no cambió en el resto del trayecto.



A pesar del frío y del mal tiempo, la plaza de Santa Ana estaba repleta de gente. Los bares y restaurantes recogían a multitud de personas que eclipsaban la lluvia con sus voces y sus risas. Carmen, en un ambiente paralelo, relataba la historia de María la “agorera”. Esta bruja fue acusada por la Inquisición por engañar a unos cuantos incrédulos. La condena que sufrían las brujas, a parte de ser ahorcadas en la plaza central, era ser ridiculizadas en frente de todo el pueblo. Para ello, tras meterlas en un barril de aceite, les echaban por encima plumas y les rociaban vino. En este relato se abrió un pequeño paréntesis para especificar qué tipos de penas de muerte existían. La que creó más conmoción entre los asistentes fue el garrote vil. Por aportación de la guía “la persona que más tiempo tardó en morir con este artefacto fue Jarabo, un criminal español muy popular en la década de los 50”. Tardó 24 minutos en morir porque no le encontraban la médula para poder clavarle el garrote. La foto del garrote que enseñó Carmen desencadenó una serie de muecas de dolor y de asombro entre el pequeño grupo. Hasta hace relativamente poco la pena de muerte seguía vigente en España, los más mayores de la quedada no se sorprendieron en absoluto, pero las niñas quedaron boquiabiertas después de descubrir estos hechos.



El siguiente “stop” se produjo en la esquina de la Calle Montera con Gran Vía. Afortunadamente pudimos encontrar un hueco donde escuchar unos minutos entre la algarabía. En esta parada Carmen contó una de las historias de fantasmas más conocidas de la capital, el fantasma del edificio de Telefónica. Cuenta la leyenda que cuando este edificio comenzó a cobrar vida a principios del siglo XX, el personal que trabajaba allí escuchaba ruidos extraños. Y algunos elegidos pudieron ver sombras que parecían las propias de un niño pequeño. Fueron tantos los testimonios que corroboraban la situación que decidieron ponerle nombre al fantasma, el fantasma Goyito. Actualmente Goyito es patrimonio de la compañía de Telefónica, en cada contrato que un nuevo trabajador firma aparece la historia. Goyito no causó daños en los primeros años, pero en 1934, cuando la telefonista Ana Cubillo llegó al edificio sucedió una desgracia. Ana comenzó a ver al fantasma como todos sus demás compañeros, pero este caso fue diferente, Goyito acosaba a Ana, hasta tal punto que no podía vivir tranquila. Unos meses después el cuerpo de Ana Cubillo se precipitó desde el noveno piso hasta la esquina de la Calle Fuencarral. En este momento asaltaron las dudas a los presentes “¿se suicidó o fue Goyito el que la empujó?”. Las noticias aseguraron que fue ella misma quien se tiró desde la ventana, pero no todos creyeron esa versión. Las niñas pequeñas eran las que estaban más convencidas de que había sido el fantasma quien la había empujado. Supongo que seguirá siendo un misterio sin resolver.



Bajando por la Calle del Caballero de Gracia encontramos nuestro próximo destino, el Real Oratorio del Caballero de Gracia. Todos los olores de la calle se juntaron, el incienso de la Iglesia salía por la puerta hacia las escalerillas donde se encontraba el grupo, y el olor a comida oriental de varios restaurantes llegaban hasta el mismo punto. Antes de contar el nuevo relato, todos pasamos dentro, al salir, Carmen que no entró en ningún momento, explicó el por qué. Hacía un par de años un señor que asistió al tour salió de la Iglesia muy mareado, como si hubiese sentido unas vibraciones malas dentro. A raíz de ese momento fueron cuatro las personas que confesaron que también les había pasado lo mismo. Un dato curioso que hizo que el silencio reinase en el corro. Para romper el hielo la guía se dispuso a contar la verdadera historia que había hecho que nos detuviéramos en frente del Oratorio. Nos remontamos al Siglo XVII, cuando Almudena, una joven de buena familia cuya aspiración era ser monja tuvo la mala suerte de toparse con un soldado. El soldado quedó enamorado de la chica y, a pesar de que ella siempre le rechazaba, él la seguía a todos lados. Almudena cansada de la situación pidió entrar al convento antes de lo previsto, pero el soldado se enteró y decidió matar sangrientamente a la joven. Como castigo al convento, el soldado entregó la cabeza de Almudena a la Madre Superiora. El soldado fue ahorcado en la Plaza Mayor poco después, y su mano fue colgada en la puerta de la casa de Almudena. El hecho más desagradable de este suceso fue que la calle comenzó a conocerse como Calle del Soldado, un mal recuerdo para la familia de la víctima.



Continuamos el paseo, dudosos de nuestras sensaciones, la sugestión de la historia de la Iglesia nos hacía plantearnos si dentro del Oratorio habíamos tenido malas vibraciones, o si tan solo era producto de nuestras mentes. Este momento de abstracción se evaporó con la llegada a la Casa dos Portugueses. Desde los Juzgados en la Gran Vía puede verse una cúpula con muchas plantas en la azotea, esta era una de las antiguas casas de José Bonaparte, y ahora le pertenece a una persona normal y corriente. Carmen aseguró que esta casa salió en su día en “Quién vive ahí”, un programa de TeleMadrid en el que su dueño confesó el oscuro secreto que se esconde en el jardín. Pepe Botella vivió allí unos años, junto con su esposa Teresa Montalbo, 20 años mayor que él. Debido a la diferencia de edades, ella murió antes. Entonces, el por aquel momento rey de España, decidió enterrar a su querida mujer dentro de la casa, y actualmente el cadáver sigue ahí, enterrado bajo una alfombra roja en la terraza. Entre los presentes no pudimos no plantearnos la idea de vivir con un muerto en la misma casa enterrado desde hace 200 años. “Cada uno elige su compañero de vida”, decía Carmen entre risas.



La penúltima parada nos llevó hasta la Plaza del Rey, exactamente a la Casa de las Siete Chimeneas. Esta Casa fue mandada construir por Felipe II para acoger a su “catador”. El catador del rey era la persona que probaba sus comidas y sus bebidas antes que él por si acaso estaban envenenadas. Cuando el catador se instaló en la casa, Felipe II quedó profundamente enamorado de su hija Elena. Pero Elena estaba prometida con el general Zapata. Felipe no se lo pensó dos veces y para conseguir el amor de Elena como regalo de boda les ofreció unas arras y “un viaje de luna de miel solo para uno”, así contó la guía que el rey mandó a Zapata a la guerra para deshacerse de él. Como es de esperar Felipe II acabó juntándose con Elena, pero para la mala suerte de la chica, se quedó embarazada. El destino de Elena estaba marcado, ella y su hijo morirían a manos de los guardias del rey. Su padre para evitarlo intentó esconderle en las paredes de la Casa, pero cuando volvió a por ella, Elena se había muerto asfixiada. El catador, no pudo con la culpabilidad y se suicidó colgándose de la chimenea central de la Casa. Los más atrevidos de la quedada se atrevieron a ir a tocar las paredes de la Casa donde supuestamente se encontraba el cadáver de Elena. Algunos aseguraron que había una piedra más caliente que las demás. ¿Estará aún presente el fantasma de la desgraciada Elena?



En cuanto a historias de fantasmas, otra de las más conocidas de la capital es la que nos lleva hasta el Palacio de Linares. A raíz de las situaciones paranormales que se vivían en este Palacio, el Ayuntamiento de Madrid, por primera vez, contrató al Padre Pilón, un experto en hechos paranormales que investigaría lo que ocurría en este edificio, en el que ni los guardias ni los perros querían entrar. Para adentrarnos en la historia que envuelve al Palacio nos remontamos al siglo XIX, cuando el Marqués de Linares se enamoró de Raimunda. Al poco tiempo de estar juntos se enteraron de que eran hermanos, aún así el Papa les concedió una bula, que les permitía poder vivir juntos pero no dormir en la misma cama. Esta norma les llegó tarde a los marqueses porque Raimunda ya estaba embarazada. Raimundita nació y cuando cumplió 3 años los vecinos comenzaron a ver a la niña en el jardín. Aprovechándose de las circunstancias muchos de ellos amenazaron a los marqueses de contar al Papa la existencia de Raimundita si no les compensaban con dinero. Los dueños del Palacio se quedaron sin efectivo y sin bienes, hasta que decidieron terminar con la situación. Cuando su hija cumplió 5 años la asesinaron ahogándola en la bañera y sepultaron su cuerpo en las paredes de la casita del jardín. En el mismo momento que Carmen acabó de contar la historia ilustró la leyenda con un audio de Raimundita, en el que con una voz fantasmagórica se le escuchaba llamar a su madre. El audio era cuanto menos siniestro y, según, Carmen y alguno de los asistentes es verídico. La voz de la niña continuó resonando en el ambiente como si de verdad procediera de la casa que teníamos a unos escasos 20 metros.



El tour había llegado a su fin. Las historias de fantasmas de la capital fueron contadas con mucho detalle, pero con poca credibilidad. La guía, bien por haberlas contado 100 veces o, bien porque realmente no se lo creía, contaba las leyendas con mucho sarcasmo y humor. Fueron dos horas entretenidas, amenas por el agradable grupo que se formó, y por las palabras de la guía. Pero faltó tensión y miedo en un recorrido que pretendía contar los misterios mas siniestros de Madrid.

Ana Expósito Sorrell
